

La increíble historia de Martín Arbezu



Iñaki Egaña

LA INCREÍBLE HISTORIA
DE MARTÍN ARBEZU



EPRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Mayo de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Iñaki Egaña

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

ISBN
978-84-15313-16-8
DEPÓSITO LEGAL
NA. 692-2012

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa



Lo verdadero puede, a veces, no ser verosímil
(GUY DE MAUPASSANT, 1887)

PRÓLOGO

LA PRIMERA VEZ QUE TUVE CONOCIMIENTO de la existencia de Martín Arbezu fue fruto de la casualidad. Había viajado a México para lograr algunos datos sobre el memorable viaje del navarro Javier Mina al continente americano. Según un grupo de alumnos de la UNAM (Universidad Autónoma de México), el libertador Mina se embarcó hacia las Américas gracias a la cuestación de unos vascos pudientes que sufragaron su embarque. Esos vascos, descontentos con la metrópoli y los impuestos que hacían imposible el despegue de una clase autóctona empresarial, según la tesis de los estudiantes y más de un profesor, fueron los artífices económicos de la primera revolución independentista de México. Mina había sido el elegido para dirigirla.

Tenía algunas dudas con respecto a la tesis de la financiación del viaje de este hijo de Otano, que fue fusilado por orden del virrey español el 11 de noviembre de 1817. La primera y más contundente relacionada con el propio viaje, ya que Mina no llegó a México desde Bayona o Pasajes, puertos naturales de partida de los vascos que emigraban a América, sino después de recalar en Haití y en Estados Unidos. Lo cierto es que llegó a Point Breeze (Florida) para negociar asuntos políticos con José Bonaparte, exiliado después de su derrota en España

y hasta hacía bien poco principal enemigo de Mina. Así, México me parecía un destino casual, influenciado por una serie de circunstancias anteriores y no la culminación de un proyecto como sugerían los estudiantes de la UNAM.

Por eso el viaje. Mi viaje, por aclarar. Quise contrastar esas informaciones y también aprovechar el vuelo transoceánico, con alguna desviación. No todos los días se cruza el Atlántico. Una vez en América, tenía previsto volar de México a Kingston, la capital de Jamaica, en busca de los detalles de la estancia del célebre cura Santacruz nada menos que durante 15 años en esta isla caribeña, después de su huida durante la Segunda Guerra carlista. Fue condenando a muerte por ambos bandos y España pidió la extradición cuando se encontraba huido en Francia. Lo de Santacruz era una de las historias más increíbles y no tenía dudas de que en los archivos de Kingston iba a encontrar más de una sorpresa sobre la vida de nuestro sacerdote revolucionario que murió en Colombia en 1926. Pero antes estaba México.

Fue al profesor Antonio Esnaola, hijo de vascos emigrados después de la guerra civil y que dirigía la tesis de los estudiantes, a quien oí la primera referencia sobre Martín Arbezu. Esnaola ofreció una charla en torno a la influencia vasca en México, comenzando con el zumaiarra Baltasar Echave que publicó en la capital azteca sus *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra vascongada* en 1606. En aquel memorable texto Echave comparaba al euskara con «una matrona venerable y anciana que se queja porque la han olvidado sus naturales». Y después de dos horas, Esnaola concluyó con Francisco Turrillas y su novela *Sobre el mismo lodo* que apenas tiene recodos para la ficción. Escrita, por cierto, en 1962, año de mi nacimiento. Entre medio, una veintena de autores vascos. Por algo Esnaola era profesor de Filología y se jactaba de haber traducido a Octavio Paz al euskara, así como a algunos aventureros de la lengua, desconocidos para la gran mayoría. Y no solo de la len-

gua, sino también de la espada, como llamaba él a los poetas. Como Javier Mina. Y como Martín Arbezu.

¿Martín Arbezu?

Apunté su nombre y memoricé lo poco que Esnaola refirió sobre el personaje: que había llegado a México desde Europa para comprar armas y que participó en las revueltas para destronar al emperador francés Maximiliano. Parece que los franceses pusieron precio a su cabeza pero no pudieron prenderlo. Al menos así creí entenderlo. Y que escribió un extenso diario, de ahí la cita entre los veinte escritores vascos. Un diario que está desaparecido, al menos de las bibliotecas, archivos y colecciones particulares catalogadas por los cazadores de textos raros y antiguos. Vamos, una joya más por su rareza que por el contenido. O quizás su contenido, si algún día se descubre, también sea espectacular. ¡Quién sabe!

Concluyó Esnaola la conferencia y esperé a que saludara a unos cuantos correligionarios que se habían acercado a escucharle.

—Nunca me habías hablado de Arbezu —le dije con un tono de reproche.

Esnaola y yo éramos viejos amigos. Nos intercambiábamos correspondencia desde hacía muchos años y cuando internet acercó las direcciones nuestra relación se hizo más fluida. Era la llave para las investigaciones de Mina en México y también para buena parte de la herencia vasca en aquellas tierras.

—No sé más de lo que he contado —se sinceró. Esnaola tenía una barba recortada milimétricamente—. La cita es de Guzmán —prosiguió—, el biógrafo mexicano de Mina, que cuando escribió sobre Pancho Villa anotó el nombre Arbezu en una de las páginas de su libro. Lo que dejó escrito Guzmán y lo que he dicho es prácticamente lo mismo. Y, como sabes, Guzmán murió

hace demasiado tiempo como para que le podamos preguntar por sus fuentes.

Me desanimó el comentario, pero bueno... Es una sensación bastante recurrente. Mis cuadernos están repletos de notas a las que jamás di continuidad, notas para preparar artículos periodísticos, folletos, párrafos de libros. Nada nuevo.

Concluí en unos días mis investigaciones sobre Mina e inicié las de Santacruz en Jamaica con un éxito que me hizo olvidar por unas semanas, ya de vuelta a casa, la aventura mexicana de aquel tal Martín Arbezu. Llené la carpeta del cura con excelentes documentos que un día me permitirán completar su biografía. Así es la vida. Nos entusiasmos a golpes, como si el mundo acabara de empezar. Somos, querámoslo o no, niños grandes, necesitados de impulsos para ocultar nuestras angustias. ¡Qué personaje ese Santacruz, idolatrado por unos, vilipendiado por otros, desconocido para la gran mayoría!

Pocos días más tarde, ordenando mis papeles, apareció la cita de Arbezu y por uno de esos ánimos inconscientes que tenemos los investigadores de la historia, abandoné momentáneamente las tareas en las que estaba enfrascado y me dirigí a la biblioteca de mi ciudad, San Sebastián. Recuerdo que llovía, que las nubes descargaron de improviso, como sucede a la orilla del Cantábrico asiduamente, y que tuve que ocultar bajo la chaqueta los libros y papeles que me acompañan de un lado a otro.

Consulté lo que solía hacer en esas ocasiones: diccionarios, enciclopedias, las guías de Julio Urquijo, los libros de referencia histórica... Nada. Martín Arbezu era un perfecto desconocido. Pensé que Guzmán nos había tomado el pelo y lo memoricé para indicárselo a Esnaola en el próximo correo electrónico. Antes de abandonar la biblioteca aproveché uno de los ordenadores para instruirme en uno de los buscadores de internet. Tecléé el nombre y a continuación apareció una única entrada. El corazón me dio un brinco. Fue solo una, aunque suficiente para comenzar lo que iba a ser, sin duda, uno de los epi-

sodios más apasionantes de los últimos años: la investigación de la increíble historia de Martín Arbezu.

Ahí estaba precisamente: «Martín Arbezu. Nació en Hernani en 1852 y murió en lugar y fecha indeterminados». La página era del Ayuntamiento de Hernani y en ella se concentraban los hijos y las hijas ilustres de la villa. Algunos con una biografía extensa, otros, como Arbezu, con unos pocos datos. Tierra de herradores, albéitares y veterinarios, como dijo en cierta ocasión José Manuel Etxaniz. ¿Sería un *petriquillo* nuestro Arbezu?

Aparqué de inmediato la investigación sobre el financiamiento del viaje de Javier Mina y sobre las historias inconfesables del cura Santacruz en Jamaica. Sí, porque son inconfesables. Santacruz era cura y en Jamaica no ejerció todos sus votos. Algunos de los datos me quemaban y me quemaban como ya habrá percibido el lector y ardía en deseos de publicarlos, o al menos de dar publicidad a su existencia en alguna conferencia. Pero cuando un tema como el de Arbezu surge, el resto sobra. Inflama la curiosidad...

A pesar de ello y quizás por ese punto de exhibicionismo que tenemos los escritores, de contar lo que sucede o podría suceder, me resisto a dejar al lector sin conocer parte de los otros escenarios. Callaré el de Santacruz y citaré el de Mina, puesto que, en cierta ocasión, ya escribí lo siguiente: El saqueo de los franceses en territorio vasco –de sus obras, libros y tesoros– fue, probablemente, el mayor de la historia. Me refería a las guerras napoleónicas. Muchas veces he tenido la impresión de que libros y documentos extraordinarios, incluso alguno en euskara del siglo XVI del que jamás hemos tenido noticia, desaparecieron precisamente en estos saqueos. Una vez llegué a pensar, incluso, que antes de que Etxepare escribiera el primer libro en euskara en 1545, alguien lo había hecho ya. Pero no hay rastro. Y de Etxepare, por cierto, el único rastro es un ejemplar. Los franceses lo habrían robado casi todo. Pues bien, José Bonaparte, el hermano del emperador y rey peninsular, tenía

por amante a la esposa del general Merlín (el que fuera autor del asedio de Bilbao). Ella era una joven condesa llamada María Mercedes Montalvo. Cuando los franceses fueron derrotados en 1813, José Bonaparte se refugiará en EEUU, en Florida, donde ordenará construir un lujoso palacio en Point Breeze. Dicen las crónicas que la casa poseía una «impresionante colección de libros raros y obras de arte». Más de una vez he pensado que entre aquellos libros raros se encontraban los saqueados por Merlín en el País Vasco y que, a través de su esposa, habían llegado al rey de España. Entre ellos alguna de las joyas desconocidas. Para completar esta historia añadiré que Charles Lucien, sobrino de José y hermano de Louis Lucien Bonaparte, habitaba en esta misma mansión. Y como sabemos, a Louis Lucien le debemos el mapa del euskara, su clasificación dialectal, etc. En este palacio de Point Breeze, el antiguo rey de España recibió la visita de Javier Mina, uno de sus mayores enemigos en la guerra napoleónica. Javier Mina se hallaba enfrascado en el proyecto independentista mexicano y pidió a Bonaparte una colaboración que este denegó. Sé que es otra historia pero no podía menos de citarla porque cuando la conocí me pareció sorprendente.

Así, Hernani se convirtió en el arranque de una historia apasionante.

Lograr las partidas de nacimiento y bautismo de Martín Arbezu no fue tarea complicada. Los archivos del registro civil y de la parroquia de Hernani estaban intactos, al menos desde 1750, y a pesar de que la población sufrió varios incendios y bombardeos, tanto en las dos guerras carlistas como en la guerra civil de 1936, los documentos que certificaban los nacimientos y las defunciones permanecían expuestos a cualquier familiar o investigador que los solicitara. Con el Archivo Diocesano rellené la primera parte del arcón de mi curiosidad.

El texto del nacimiento me dio la primera pista, al apuntar que la madre de Martín era de Goizueta, una población navarra a unos 25 kilómetros de Hernani siguiendo el cauce del río Uru-mea. Los de Goizueta, aún hoy en día, tienen fama de extremadamente activos, guardianes de lo que debió ser la sociedad vasca medieval más agreste. Los pocos vecinos que conozco son pelotaris, levantadores de piedra o cortadores de troncos.

O sea que Martín Arbezu tenía mimbres para ser, al menos, un inquieto aventurero y, por qué no, un completo revolucionario que, por entonces según creía, cargaba sobre sus espaldas con una intentona insurgente en México.

¡Qué lejos estaba, sin embargo, de conocer su vida, en toda su complejidad! Lo de México era solo una minucia.

El acta de nacimiento que se encontraba en la página 23 del libro primero (y único, por cierto) correspondiente al año 1852 decía así:

Del decimosexto día del mes de junio del año mil ochocientos cincuenta y dos a la una de la tarde. Nacimiento de Martín Arbezu Zubiaga, nacido en Hernani, el catorce del corriente, a las cuatro de la mañana, calle Mayor número 10, hijo de Primitivo Arbezu Erquicia, comerciante, natural de Hernani, y de María de las Mercedes Zubiaga Golarte, natural de Goizueta, casados, domiciliados en dicha calle número 10. Bajo la declaración hecha a nosotros por Arbezu padre, el niño fue reconocido como de sexo masculino como resulta del certificado de verificación del señor doctor Goicoechea a este delegado. Testigos: Felipe Artola recaudador de impuestos de veintiséis años de edad, domiciliado en calle Vinagre número 28 y Juan Garro contratista de veintinueve años de edad domiciliado en Urnieta, calle de la Paloma número 36, amigos de los padres, que han firmado. Arbezu, padre del niño, requerido a firmar, dijo no saber. Constatado por ley por nosotros, bajo el firmante teniente alcalde de Hernani, oficial público del registro civil delegado por él; lectura previamente hecha al padre y a los testigos.

Seguían las firmas de los testigos y de los oficiales del registro civil.

La partida de bautismo también incidía en el origen de la madre. Me llamó la atención el hecho de que Martín fuera bautizado al día siguiente de nacer. ¿Tuvieron sus padres miedo a que el neonato pudiera fallecer al poco de llegar al mundo? Lo desconozco. Lo habitual era esperar a que el niño hubiera cumplido los tres días de vida para bautizarlo. Mientras tanto nadie podría darle besos porque aún era un ser impuro. Si moría antes de recibir el bautismo, la criatura podría terminar bajo una baldosa de la cocina, a la espera de que los rezos y las buenas acciones le retiraran del limbo, camino del cielo. Muchas eran las conjeturas sobre el porqué de tantos fallecimientos de niños antes del bautismo. La más extendida, al menos por estas tierras, era la del credo, una oración bastante complicada de recitar. Según los expertos, una mala declinación del credo provocaba que la muerte de un recién nacido fuera fulminante.

Pero no nos vayamos por los cerros de Úbeda. Esta es la transcripción literal del acta bautismal:

En la villa de Hernani, en 15 de junio de 1852 años, el Doctor Don Félix Adarraga y Aristeguieta, presbítero, con licencia que yo el infrascripto Teniente Cura de esta Santa Yglesia Catedral le concedí, bautizó, puso óleo y crisma y dio bendiciones a Martín Arbezu Zubiaga, párvulo, que nació el catorce del corriente, hijo legítimo de Don Primitivo Arbezu y de Doña María de las Mercedes Zubiaga, naturales de Hernani y Goizueta respectivamente y vecinos de esta villa. Fue su padrino Don Juan Garro Oñaz, a quien se advirtió el parentesco espiritual y obligación; y para que conste lo firmo.

El documento concluía con un «*Fecha ut supra*». El secretario debería estar aburrido de marcar con su pluma el papel y por eso eligió la frase latina, antes que volver a repetir eso de «15 de junio de 1852».

La siguiente tarea para continuar la investigación era la natural: el Ayuntamiento de Hernani y sus archivos, las fuentes para esa página web que me había puesto en marcha. Me atendió un archivero joven, recién incorporado a la plantilla, por lo que de inmediato pensé que apenas lograría nada de interés y mis pesquisas deberían abrirse a otras vías. Me he vuelto viejo y desconfío de los jóvenes. Me equivoqué, en redondo. El archivero Marcos Loperena destrozó todas mis percepciones preconcebidas sobre la diligencia de la juventud. En un par de minutos le puse al tanto de mi búsqueda. Su respuesta fue escueta pero precisa:

—Noviembre de 1934 –dijo con aplomo—. Una comunicación del gobernador militar de Guipúzcoa al comandante del puesto de la Guardia Civil de Hernani. También hay otra del mismo mes, pero dos años después –añadió.

Desapareció de su mesa un instante y volvió con una nota que me entregó.

—En octubre de 1934 se produjo un levantamiento popular contra el Gobierno de derechas de la República. En Guipúzcoa, al contrario que en Asturias, no hubo demasiadas algaradas. Aunque en Arrasate, Eibar, Tolosa y... Hernani –puso énfasis en esta última cita– los obreros salieron a la calle, algunos armados con escopetas de caza.

Lo sabía, pero dejé que su verbo fluyera.

—Sobre la segunda ocasión, la de 1936, hay también otra nota –continuó—. Se fusilaban entre diez y quince personas al día en las tapias del cementerio de Hernani. Las tropas fascistas entraron unas semanas antes y en ese tiempo se dedicaron a tomarse la justicia por su mano, deteniendo y matando a gente por hechos cometidos mucho tiempo atrás. La de 1934 está en un libro en el archivo de la *ganbara*. Ya le fotocopiaré la cita si lo desea –la segunda, la tenía cerca, a mano. Y me la ofreció.

Confirmé su propuesta con un gesto y leí la nota que me había entregado:

Este Gobierno militar se interesa sobremanera por el paradero de Martín Arbezu Zubiaga, vecino de la localidad de Hernani, en la que nació en 1852. Por razones de edad, el citado Martín Arbezu Zubiaga es probable que haya fallecido puesto que en la actualidad contaría 84 años. Sin embargo, y dada la longevidad creciente en la sociedad española y atendiendo a la posibilidad de que el citado Arbezu hubiera regresado a su localidad natal aprovechando la impunidad que le proporcionaba la República, encarecemos a esa Comandancia, como ya lo hicimos hace dos años con resultado negativo, la apertura de diligencias orientadas a resolver su paradero, incluso su muerte. Asimismo, en previsión de que las noticias sobre el citado Arbezu sean escasas, apremiamos a dicha Comandancia a la investigación en su entorno familiar. Para que el comandante del puesto y los agentes del mismo se hagan una idea somera del personaje en cuestión he aquí algunas de las acusaciones que pesan sobre él, de las que jamás ha rendido cuentas ante la justicia, tanto ordinaria como militar:

Contrabando de armas a favor de los insurrectos carlistas al trono legítimo en los años previos a la guerra civil; enlace del huido de dicha guerra civil Manuel Santacruz Loidi con sus partidarios; Conspiración y alzamiento en armas contra el emperador Maximiliano en México; participación en la Revolución Comunera de París (Francia) con los alzados contra la monarquía francesa y participación en los debates de la Internacional Obrera en Londres (Gran Bretaña) y en la creación de una internacional terrorista... [La nota desvelaba algunas otras circunstancias que aún no deseo mostrar].

Al margen de su intervención en estos sucesos, Martín Arbezu fue avistado en numerosos acontecimientos revolucionarios sin que su presencia pueda ser atestiguada fehacientemente. Este Gobierno militar, fiel a su misión encomendada, lleva 50 años intentando averiguar el paradero del sedicioso. Cualquier noticia, sea cual fuera, será de sumo interés.

Las palpitaciones del corazón delataban mi excitación. Hoy, después de abordar una investigación larga, y en ocasiones compleja, creo que fue aquella lectura la que mayor impacto

me produjo de entre todos los pasos para desentrañar los pormenores de la historia de Arbezu. Fue como pasar de la curiosidad con minúsculas a descubrir cuál sería la investigación más significativa de mi carrera, es decir, a la curiosidad con mayúsculas. Para mí fue tan importante como si un astrónomo descubriera de improviso un nuevo planeta en el sistema solar, un planeta que hubiera estado ahí desde siempre, frente a todos los científicos, pero que ni uno solo de todos ellos hubiera sido capaz de localizar jamás.

—No hubo respuesta —la voz de Loperena me sacó del ensimismamiento—. Es todo lo que tenemos de Arbezu en el Archivo Municipal. Es impresionante el personaje.

—Efectivamente —respondí aturdido—. Efectivamente.

—Y pensar que es hijo de Hernani... —añadió.

Era mucho más de lo que podía esperar para comenzar la investigación.

¿Por qué nadie se había ocupado antes de Martín Arbezu? ¿Alguien había borrado sus huellas? Fueron las dos primeras preguntas que me asaltaron al abandonar las oficinas municipales. No serían las únicas. Durante diez años tuve decenas, cientos, miles de preguntas sobre la vida de Martín Arbezu que fui resolviendo con menor o mayor acierto.

En ese tiempo, Martín Arbezu se convirtió en una obsesión. Su pista me llevó a Londres y a París, como era de prever, y también a México, donde trasasé mi obsesión a Esnaola, a quien debo buena parte del trabajo referido a aquellas tierras. Recorrí medio mundo siguiendo las huellas de Arbezu, me fotografié en Moscú y crucé el puente de Brooklyn en Nueva York. En cada lugar impliqué a archiveros, bibliotecarios, documentalistas, gentes de buena voluntad. Cada vez que volvía a mi casa donostiarra, con la maleta llena de anotaciones y papeles, mayor era la fascinación por ese personaje desconocido en la historia vasca.

Consulté con especialistas en cada época y descubrí aspectos y detalles de la Comuna de París, también del exilio de San-

tacruz o de la Primera Internacional, de los que generalmente no aparecen en los libros ni en los trabajos de referencia. Aspectos humanos, nada teóricos que, en la mayoría de las ocasiones, explican *desviaciones* que de otra manera serían incomprendibles desde una visión cartesiana o incluso materialista de la historia. Me refiero a líos de amores, herencias o enfados bajo los efectos del alcohol que jamás aparecen en los guiones y, sin embargo, tienen una trascendencia capital para entender el embrollo de una situación histórica.

Aprendí con Arbezú que la historia es algo muy distinto a lo que habitualmente se explica. En mi formación inicial, la de la escuela primaria –también es verdad que era otra época–, repetíamos hasta la saciedad los nombres de los reyes godos cronológicamente como quien recita el Padrenuestro o la tabla de multiplicación del nueve. Algunas de aquellas planchas resuenan en mi mente de vez en cuando, sin saber por qué. «Calumnia que algo queda», dice el dicho popular. En esta ocasión habría que permutar el verbo inicial para convertirlo en un «Adoctrina, que algo queda». Habitualmente, los profesionales achacan semejantes actitudes a la época totalitaria. Franco fue el artífice de atrocidades inimaginables que tuvieron también la extensión correspondiente en la educación de las nuevas generaciones, expresión, por cierto, muy acorde con aquellos tiempos.

Sin embargo, más adelante descubrí, rompiendo con la tendencia general, que el franquismo no fue el único causante de semejantes barbaridades en educación. Tuvo, sin duda, una incidencia muy determinada y trascendental en quienes nacimos después de la guerra civil, sobre todo en la forma de elegir e interpretar el pasado. Pero no total. La República, condicionada por la Dictadura de Primo de Rivera y por siglos anteriores repletos de ignominias, apenas tuvo tiempo de modificar las formas y los fondos. Franco se encontró con más de la mitad del camino allanado.

Y cuando el dictador murió, se produjo un período de convulsión, entre los nuevos historiadores, demócratas de cuño, y

los viejos, franquistas convencidos. Los viejos fueron desapareciendo, por razones biológicas y, entonces, los jóvenes se convirtieron en profesores de universidad, en catedráticos, en generadores de opinión –como se dice ahora–. Y pasaron al otro extremo, a pensar y ejercer como si la historia fuera una ciencia matemática, aburriendo con sus sermones a la mayoría de alumnos y lectores. La historia, después de arrancar a los protagonistas su alma y sus sentimientos, se convirtió en una disciplina desligada de la sociedad. ¡Cuántas veces hemos debatido estas cuestiones entre los colegas del medio!

Con la investigación de Martín Arbez pude desarrollar otro concepto sobre la investigación histórica.

Antes de seguir me gustaría hacer una reflexión en voz alta. Una reflexión a cuenta de una frase que copié a Pío Baroja cuando escribió un trabajo sobre uno de los personajes más sobresalientes de nuestra historia: «Yo no sé si en una biografía puramente histórica como esta, la tarea del escritor debe consistir en estilizarla y en adornarla o únicamente en buscar datos para aclarar sus puntos de vista oscuros». Baroja dijo que apostó por esta última vía. Mi admiración por el autor de la *Trilogía de la vida* es excepcional, pero no por ello le debo dirección literaria. Aportar una serie de datos sobre Arbez hubiera sido como contar las flores de un jardín, en lugar de describirlas.

Quizás en esta descripción me he tomado una serie de libertades. Como las de dejar la palabra al protagonista, estilo no muy al uso cuando se trata de pintar una biografía. También acompañó el relato con diálogos de sus amigos y enemigos, al estilo de una novela histórica más que al de una historia novelada. O quizás, ¿es una historia novelada que no acierto a definir?

Sea lo que fuera, con centenares de anotaciones sobre Arbez y una obsesión casi enfermiza por él, al abordar la escritura no deseaba convertir al libro en la expresión de un erudito.

Conozco centenares de trabajos malogrados y perdidos entre miles de notas, referencias académicas y letra diminuta explicando el contexto. La coyuntura. Necesitaba un personaje dinámico, devolverle la vida con una ristra de letras y contar lo que descubriría a mis lectores. Y esperar que ese asombro que me atenazó durante años traspasara los muros de mi vivienda para alcanzar otras vitrinas.

Es probable, y así lo estoy percibiendo a medida que mis dedos se desparpaman por el teclado, que abordar la historia de Arbezú sea, en definitiva, una terapia. Una terapia para desprenderme de este personaje que me ha acompañado durante los últimos años como si perteneciera a mi familia más cercana. Un personaje tan familiar que al concluir las páginas de este libro, lo voy a echar mucho de menos.

En el apartado de agradecimientos en esta investigación que fue una persecución en toda regla, la lista sería interminable y, como se suele expresar en estas ocasiones, prefiero hacer una reseña colectiva que citar uno a uno a quienes debo la edición de este libro. Siendo este ciertamente mi deseo, no es menos cierto también que algunos de los agradecimientos no pueden ser engullidos en un reconocimiento general porque no estaría haciendo justicia a quienes han tributado muchas veces más talento y trabajo que yo mismo. Como toda afirmación, esta se merece la excepción.

El primero de esta lista ya lo he citado pero no tengo temor a la repetición. Antonio Esnaola, profesor de la UNAM, no solo me abrió las puertas americanas de Arbezú sino que ha ido corrigiendo el texto y sugiriendo las vías de investigación. Ha sido una suerte poder contar con su entusiasta colaboración desde el principio.

En México debo citar, también, a Anselmo Juárez, empleado de la Biblioteca Nacional que no solo se implicó en ofrecer-

me los libros y documentos que iba solicitando sino que incluso hizo de taxista cuando visité algunos lugares en los que había dejado su huella Arbezu. No es broma tener un amigo para estas cuestiones cuando las distancias son tan extraordinarias como en México, o los lugares tan intrincados y desconocidos incluso para los autóctonos.

De entre todos los expertos ingleses que me dieron su opinión de los primeros años de la formación de la Internacional, así como de las posiciones de Marx y Bakunin y el papel que jugó Martín Arbezu en las mismas, debería destacar a Konrad Wills, catedrático de Historia de la Universidad de Londres. Konrad me hospedó con su familia varios meses y uno de los veranos, incluso, viajé a las Islas Cornualles, con sus hijos y él mismo en unas cortas pero esplendorosas vacaciones. En Estados Unidos debo mencionar a la señora Linda Stafford y a sus interminables charlas.

En París conté con la inestimable colaboración de André Guilard, experto donde los haya en el movimiento *comunard* y maestro introductorio para lo más selecto de los investigadores históricos franceses, esos que, con su saber o simplemente con su intuición, fueron capaces de ahorrarme meses de trabajo inútil.

Vaya también mi agradecimiento a los doctores Brian McDermott, Piero Piccoli, Mike Elliott, Jacinto Pérez de Segura, Asdrúbal Canchicerito, Shane Clark y María Luisa Ibarguren. Con el mismo entusiasmo mi gratitud a Marcos Loperena, el archivero del Ayuntamiento de Hernani, que tuvo que aguantarme durante las cuatro estaciones durante diez años y lo hizo con la misma simpatía que el primer día. Aquel Marcos Loperena que me atendió por primera vez era un joven recién salido de la Universidad. El que conozco en la actualidad está casado, tiene dos hijos y un reconocido nombre en la comunidad académica vasca.

También quiero expresar mi agradecimiento a Cruz Estanquero, Philip Hughes, Ron Allen, Fernanda Marulanda, Timothy

Payn, Marcelo Soriano, Guillermo Salvador-Rolo, Hernesto Cienfuegos, José María Esparza, Léonce Jaugeon, Maite Aldabalde-trecu, Mikel Soto, Nerea Azpitarte, Julia Sevilla y Joao Camilo Pereira. A todos ellos les pido disculpas por las horas que les hice perder siguiendo el rastro de Martín Arbezu.

No quiero concluir este apartado sin dejar de citar a dos personas sin cuyo concurso este trabajo jamás hubiera visto la luz. La primera se llama Antxon Garín Basterretxea, empleado –y algo más– del centro cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián. Garín ha sido el comodín, utilizando una expresión de concurso televisivo, de esta investigación. Él consiguió libros y documentos que jamás hubiera sospechado de su existencia. Él hizo de intermediario, con confianza, en archivos y bibliotecas de todo el mundo. En fin, Antxon Garín ha sido el motor oculto de la investigación. Gracias a él, se nos ha desvelado la vida de Martín Arbezu.

La segunda de las personas imprescindibles en este trabajo ha sido Begoña. Begoña Grijalba Arbezu. Descendiente de Martín, mejor dicho de Hilario, el hermano de Martín. Hilario, cinco años más joven que nuestro protagonista, casó con Nieves Furundarena, de Urnieta. Tuvieron doce hijos de los que ocho llegaron a la edad del uso de razón. El cuarto, Eustaquio Arbezu, nació en Hernani en 1890. Este Eustaquio casó en 1924 con Aniceta Villanueva, vecina de San Sebastián. En 12 años tuvieron seis hijos. Eustaquio murió en abril de 1937, siendo sargento del batallón *Amayur* del Ejército vasco, a pesar de que había cumplido los 45 años y estaba exento del llamamiento a filas. Su hija María de las Mercedes, *Mertxe*, se casó en Bilbao con Francisco Grijalba y del matrimonio nacieron tres chicas, una de ellas Begoña, la que he citado al comienzo del párrafo.

Cuando la conocí tenía 27 años, vivía en una buhardilla de la calle Barrena de Bilbao e impartía clases en un instituto de la capital bilbaína, haciendo sustituciones. Había oído leyendas en la familia referidas a su tío-bisabuelo. Poco, de todas formas. Begoña fue la pasión que necesité para avanzar en el tra-

bajo y, sobre todo, la tenacidad para no abandonar en los momentos más complicados de la investigación. Conocí a Begoña cuando llevaba ya más de dos años de iniciada la travesía de Martín. A partir de entonces, aunque aún faltaba mucho camino por recorrer, el trayecto fue más llevadero.

Y esta es, al fin y tras las aclaraciones necesarias, la increíble historia de Martín Arbezu.

LA FAMILIA

LA PAREJA ARBEZU-ZUBIAGA TUVO siete hijos, por este orden: Andrés, Margarita, Antonia, Julián, Martín, Fermina e Hilario. Antonia y Julián murieron al poco de nacer, ya bautizados, por «causas naturales», según la inscripción del Registro Civil. Andrés, el mayor, emigró a las Américas con 16 años y volvió 7 después, sin una moneda en el bolsillo y con una enorme deuda con un compatriota que le financió el viaje de regreso. Hay rastros de su paso por Buenos Aires, donde trabajó sucesivamente en una lechería de las afueras de la capital, una serrería y una panadería de la calle Sacramento. No viene al caso, pero Andrés dejó atrás un matrimonio, quizás fracasado, y varios hijos. Nunca he sabido con exactitud cuántos. Hoy, el apellido Arbezu aún es común, por esta rama u otra, en varios listines telefónicos argentinos. Murió en 1874 en el sitio de Bilbao, defendiendo la causa carlista, poco antes de que los generales Serrano y Concha entraran triunfales en la ciudad del hierro.

De Margarita y Fermina no hallé dato alguno, excepto de otras épocas. Es de suponer que siguieron en el hogar familiar hasta que encontraron un buen partido que les llevó al altar. La denominación Arbezu sería engullida por las generaciones posteriores, al primar en la descendencia el apellido paterno que transmitían los hijos varones. Quizás, el día que el archi-

vo diocesano se atreva a digitalizar sus fondos se pueda abordar una búsqueda más sencilla. Mientras tanto, no hay pistas o, al menos, no he sido capaz de encontrarlas.

Hilario, el menor de los Arbezu-Zubiaga, nacido en 1857, sobrevivió a la segunda guerra dinástica que se llevó a su hermano Andrés y, como ya ha quedado relatado, su familia se dispersó dejando a Begoña Grijalba Arbezu, la penúltima de la línea, como su exponente más cercano.

Mercedes Zubiaga Golarte, la madre, tal y como aparecía en la partida de nacimiento de Martín, era natural de Goizueta, del caserío Soroa, para más señas. El caserío Soroa es hoy solo un recuerdo, aunque es fácil adivinar aún su vieja estructura, engullida por la vegetación y las zarzas. Me imagino, por el estado de las ruinas, que cuando Mercedes lo abandonó, allá por los años 30 del siglo XIX, ya estaba en decadencia y que la suya fue la última generación. La penúltima como mucho. Quizás porque sus moradores no tenían unos terrenos naturales para las huertas y los cultivos ya que sus pertenencias colgaban de las faldas de Ezkurra. O, por el contrario, por la caída del precio de la madera en la crisis de 1820. O por otra razón desconocida. Tengo que reconocer que no he llegado a comprender las causas del abandono de Soroa y no me aventuro a escribir al respecto.

Mercedes llegó a Hernani con 10 u 11 años, estableciéndose como criada precisamente en casa de los Arbezu. Primitivo era dos años mayor que ella. La historia es sumamente sencilla y recurrente en centenares de familias de la época. Si las diferencias entre ambas familias o incluso la edad entre la pupila y el dueño de la casa eran notorias, la situación daba lugar a una relación clandestina, con la probabilidad de algún hijo no deseado que daba al traste con el trabajo de la joven

criada. Eran escasísimas las crónicas en las que la solución daba con un aborto preparado por una herbolera.

No fue el caso y por eso no vale la pena conjeturar con aquello que pudo ser. La adolescencia prendió en ambos y el roce hizo el resto. Primitivo y Mercedes se casaron al acabar la guerra iniciada en 1836. El marido peleó junto a las tropas de Zumalacárregui. Según parece, le había prometido que si sobrevivía a la contienda se unirían en matrimonio. El llamado Abrazo de Bergara, que puso fin a las hostilidades entre isabelinos y carlistas, se firmó a finales de agosto de 1839 y la boda se celebró el 17 de septiembre de ese mismo año.

Mercedes no llegó a conocer la Segunda Guerra, al contrario que sus hijos varones. Murió en 1869 según reza en el Registro. Por razones que desconozco no aparece la causa de su muerte. La imagino como una mujer enérgica, dedicada por entero a sus hijos y a sacar adelante una familia numerosa. Locuaz, como tienen fama los hijos y las hijas de Goizueta, compartiendo los chismes que le contaba su marido con sus compañeras en el lavadero. También con una pizca de amargura, de la amargura de una madre que padece la muerte de dos de las hijas que ha llevado en su vientre. Es probable que tuviera una ayudante en su casa, como era habitual en las familias más desahogadas económicamente. Loperena me sugirió este dato pero jamás lo pude confirmar.

Primitivo Arbezu Erquicia, el padre de la familia, fue un comerciante que recorrió pueblos y mercados tal y como lo había hecho su antecesor. Logré ubicarlo en una fotografía, ya en su vejez. Era un personaje de estatura indeterminada. Su cara era redonda y llevaba una barba fina y arreglada, hecho inusual en aquella época. Su bigote, sutil y estilizado, se confundía bajo una nariz que lo cubría. La boina, pequeña y ajada, la introducía hasta casi las cejas. Su mirada era esquiva y sus ojos se ajustaban en la profundidad de unos cuencos hechos para suscitar la curiosidad. Cubría el cuello con una pañuelo de seda colorado, salpicado de unas motas blancas y azules.

Recorría las ferias más cercanas en solitario, con un burro que tiraba de un carro repleto de materiales, que vivió más años de lo usual y al que, al final, tuvo que sacrificar en las vegas de Loyola. Una vez al año se desplazaba hasta la feria de San Fermín, en las primeras semanas del verano. Volvía a Hernani desde Pamplona con el alma, y algo más, encendida, porque de los siete hijos que tuvo, seis nacieron en los primeros compases de la primavera, nueve meses después de la vuelta del viaje a la vieja Iruñea. El séptimo fue Martín, de junio.

Primitivo tenía un próspero negocio que había heredado de su padre. Su principal mercancía eran las navajas. Sabía que por la parte de Vizcaya algunos santanderinos vendían herramientas similares, pero no llegaron a ocupar nunca territorio cercano al suyo, es decir, jamás tuvo competencia. Un comerciante de Albacete (Teodoro González) le suministraba la mercancía cada seis meses, en Tolosa. El padre de Martín pagaba religiosamente las navajas y los cuchillos, por adelantado, sabiendo que el precio que él pondría estaría muy por encima de su coste. Cuando negociaban, también se hacía cargo de los gastos del manchego en una fonda de Tolosa, no solo de la habitación donde dormía, sino también de sus comidas que, a decir verdad, no eran ni excesivas, ni copiosas.

Primitivo era toda una institución en Hernani, un pueblo minúsculo sin apenas casco urbano y con más de un centenar de caseríos diseminados que alcanzaban los lindes con Navarra, cerca de la Venta Nueva (Benta Berri), más allá del barrio de Ereñozu. Los vecinos dispersos de Hernani eran campesinos en las vegas del Urumea y pastores en las faldas del Adarra y del Onddi. Solo el médico, el maestro y los curas de la parroquia rompían esa tendencia al anonimato, tendencia que se completaba con Primitivo –el comerciante de cuchillos–, los descargadores del barrio del Puerto, algunos taberneros, y los trabajadores de las tres pensiones que jalonaban el Camino Real.

Las muchachas huían a la cercana San Sebastián, a servir, lavar y planchar la ropa de los varios centenares de señoritos,

algunos de ellos franceses, que se habían ubicado en la capital. La mayoría provenían de la provincia, aunque otros eran nuevos ricos que habían llenado sus bolsillos gracias a la especulación en la reconstrucción de la ciudad, que había quemado el lord británico Wellington, allá por 1813, en los estertores de las guerras napoleónicas.

La diligencia de Madrid, que llegaba hasta Bayona, al otro lado de la frontera, tenía una parada en Hernani. Por lo general, los siete u ocho viajeros descansaban en su penúltimo día de viaje y alguno, muy ocasionalmente, solicitaba los servicios de algún caballo para acercarse, por un ramal del Camino Real, hasta San Sebastián, la que más tarde sería capital de la provincia de Guipúzcoa. Las tres pensiones se disputaban también a los numerosos viajeros que jalonaban el Camino Real en sus dos sentidos. Los estibadores del Puerto, por su parte, trabajaban en función de las mercancías que aportaba el Urumea desde Navarra, una actividad en declive desde que Pamplona hubiera invertido decenas de miles de reales de vellón en la construcción de una vía para llegar al Cantábrico por los montes de Velate.

Aún así, en las épocas en la que los barcos de altura se concentraban en la bahía de la Concha donostiarra, los cargadores tenían una buena cantidad de trabajo embarcando las sidras y los vinos que los marineros llevarían en las bodegas de sus navíos. Las sidras eran la bebida de la provincia. Los vinos, en cambio, aunque apreciados sobre todo entre las clases más acomodadas, circulaban clandestinamente de antaño y ya en esa época, la Diputación había descubierto un filón de oro con ellos: los grababa con un impuesto a todas luces excesivo, lo que convertía su consumo legal en un producto de lujo. Esa circunstancia mantenía su contrabando.

La fama de Primitivo era idéntica a la de su padre, aunque a más de un lector pueda parecer extraño que la popularidad, como la fortuna, sea hereditaria. Primitivo, como su progenitor, se encargaba de reportar a Hernani las noticias y también

los chismes de los pueblos de la comarca, de Tolosa, la capital, y de San Sebastián, la ciudad de los militares. Bodas, bautizos, nacimientos, muertes, adulterios... Pero no solo las noticias cercanas, sino también las lejanas, como las de la Guerra de Crimea o las de la Corte de Madrid, que oía a otros colegas en las ferias.

En las tabernas, Primitivo siempre provocaba un corro a su alrededor, que esperaba recibir la última *comidilla*. Los alcaldes de Hernani se disputaron su amistad y hasta el vicario le invitó más de una vez, hecho excepcional donde los haya, a merendar en la sidrería de Alberro, la más cercana a la parroquia.

—¿Qué novedades traes Primitivo? —preguntaba el párroco.

—El obispo está muy, pero que muy enfermo —respondía.

—¡Qué me dices! —la alarma se encendía en el semblante del sacerdote—. ¿Peligra su vida?

—Creo que no —decía Primitivo. Echaba un trago de la jarra de sidra a su vaso, se tomaba su tiempo y añadía—. Es solo un picor, un picor que surge de la entrepierna y sube por todo el cuerpo...

—¡Primitivo! —gritaba el párroco!—. ¡No blasfemes!

Y es que el padre de Martín, amén de irreverente y hombre de mundo, era mordaz.

En cuanto Martín tuvo uso de razón comenzó a acompañar a su padre de feria en feria. La primera fue la de Lesaka. Luego llegaron las de Tolosa, Beasain, Leiza, la de Santo Tomás en San Sebastián... En dos años Martín fue capaz de llevar el negocio con la misma soltura que lo hacía su padre, al menos en el trato a los clientes y, en especial, en el gatego.

No sé ni cómo ni cuándo aprendió a leer y escribir Martín. Pero lo hizo, a pesar de que, aparentemente, era susceptible de ser uno de los muchos analfabetos de su comarca. No tengo constancia de que lo hiciera en la escuela de Hernani. Sería hermoso imaginar que fuera Primitivo quien le enseñara las letras y las palabras en las noches que compartían en las fon-

das de los pueblos que recorrían. Porque, si así fuera, demostraría una estrecha relación entre ambos. Pero lo dudo, porque no era costumbre en aquellos tiempos. Sospecho, además, que Primitivo, según la partida de nacimiento de Martín, no sabía leer.

Lo cierto es que Martín leía y que no era extraño encontrarlo con un libro debajo del brazo. Puede parecer un recurso literario, una excentricidad en una época equivocada. Un añadido al texto para provocar una complicidad positiva en el lector. Como lo supe lo transcribo, sin más interés. Me pareció fuera de contexto y así lo reflejo. Un vendedor de navajas al comienzo del siglo XIX de una pequeña población guipuzcoana, de una lengua sin libros, ni apenas textos, que leyera en castellano. Porque no se puede tratar de otra posibilidad. En fin... uno de los muchos puntos oscuros de esta historia.

Las ferias, las gentes de todos los pelajes, los viajes, la inseguridad por las ventas, las nubes, los vientos, las lluvias y los calores fueron las puertas de las escuelas en las que entró Martín. Nada mejor que su colaboración para iniciarse en los recovecos de la vida que, a pesar de lo que pueda parecer hoy en día, es más complicada de lo que nos cuentan los periodistas y más enrevesada de lo que rescatan los historiadores. Martín compaginó con su padre las contrariedades, no tantas para él que aún no tenía alma de adulto, y las alegrías que ofrece un oficio tan dependiente de los clientes y del medio. Más de una vez tuvieron que permanecer padre e hijo en la fonda durante una semana, esperando que amainara la tempestad de nieve que asolaba la comarca que pisaban, para regresar a Hernani como habían partido, con unos pocos reales en el bolsillo.

Primitivo Arbezu Erquicia falleció cuando se consumían los últimos rescoldos del siglo XIX, sobreviviendo a su esposa en casi 30 años. No se había vuelto a casar. Vivió en el mismo piso que había nacido, en el número 10 de la calle Mayor, acompañado, con toda probabilidad, por alguna de sus hijas o, quizás, de sus nietas. Era un anciano respetable con mil y una his-

torias a sus hombros y la crónica de todo un siglo guardada en sus retinas. Según la partida de fallecimiento, la muerte le sobrevino por una septicemia. ¿Quizás la longevidad de Primitivo fue la causa de que el comandante de la Guardia Civil del puesto de Hernani buscara aún en 1934 pistas sobre el paradero de Martín, que entonces hubiera tenido 82 años?

PRIMERAS INQUIETUDES

NO ES NECESARIO EXTENDERSE EN LOS ORÍGENES y en la tradición tan apegada de los vascos a comerciar ilegalmente con mercancías de todo tipo. El contrabando se pierde en un pasado difuminado por las brumas que acompañaban a los contrabandistas en su paso por esa frontera menos imaginaria de lo que pueda parecer a simple vista. O esas otras fronteras más antiguas que las de ahora, en plena hostilidad hacia el lenguaje, llamadas aduanas. La luna se hizo cómplice durante siglos de numerosas aventuras y triquiñuelas, tantas que algunos pueblos cercanos a la muga pirenaica se convirtieron en el sustento de centenares de contrabandistas y de las generaciones que les sucedieron. Cualquier producto era susceptible de viajar en las espaldas de un contrabandista y si no era así, los asnos e incluso los bueyes entraban en liza. Alimentos, ganado, ropa y licores eran las mercancías más habituales y armas, instrumentos de música –incluidos los pianos– o libros, los menos frecuentes.

Cuando Martín contaba 18 años oyó relatar una de las historias más fabulosas sobre el contrabando sucedida apenas unas semanas antes. Ante los numerosos llamamientos de las autoridades francesas que se sentían poco menos que ridiculizadas, la gendarmería se dispuso a asestar un golpe de efec-

to a los evasores de la frontera. Con la ayuda de algún *chivato* que extendió la oreja, la policía francesa logró conocer el día y la hora de un paso excepcional de tabaco y azúcar que, procedente de América, iba a circular de sur a norte, es decir, de España a Francia. La mercancía, con toda probabilidad, habría entrado por los puertos de Pasajes o San Sebastián, con la complicidad de las autoridades forales.

Los gendarmes, armados hasta los dientes, asaltaron a los contrabandistas al poco de haber cruzado la frontera, en el término municipal de Ainhoa. Los malhechores, según la denominación al uso, se dispersaron de inmediato, los policías dispararon al aire y se abalanzaron sobre los más cercanos que cargaban la mercancía a hombros. La trifulca fue de campeonato, y tras varios días de rastrear el monte y de tomar declaraciones a los detenidos se conoció la magnitud de la operación. Recapitulando, los jueces supieron que 43 contrabandistas llevaban a cuestas una tonelada de tabaco y azúcar, es decir, una media de 23 kilogramos por cabeza. De los 43 traficantes, la Policía detuvo a 6; el resto se esfumó. Y de los 1000 kilogramos fueron decomisados 271. El resto también desapareció.

En Hernani eran pocos los vecinos que vivían exclusivamente del contrabando. Sí eran numerosos los que, esporádicamente y aprovechando la ruta de la República de Landarbaso, alcanzaban el Bidasoa para cruzarlo con algún encargo. Primitivo lo hizo con Martín en dos ocasiones. En ambas llevó cuchillos de Albacete a un vecino de Sara al que conocía de la feria de Lesaka. Ese vecino actuaba por orden de un comerciante de Bayona que se mantenía en el anonimato. En ambas ocasiones, Primitivo y Martín aprovecharon el viaje para retornar a Hernani con dos garrafas de coñac francés que vendieron a precio de oro a una de las tabernas de su localidad. Fue una buena inversión como, por lo general, eran todas las del contrabando.

En ambas ocasiones, Martín escoltó a su padre sin saber muy bien qué estaba haciendo. Hubo una tercera, como siempre. Y creo que esta fue, precisamente, la que prendió el espí-

ritu de nuestro joven, ese espíritu aventurero y salvaje que brotaba de esa sangre mestizada por sus orígenes.

Debió de ser en la primavera de 1867.

La feria de Tolosa era una de las más importantes de la temporada. Primitivo y Martín se alojaban en una pensión de la calle Mayor, cerca de la parroquia. Los árboles aún manifestaban pereza para envolver sus ramas de hojas y la humedad de las lluvias recientes cubría los prados, enfangando los caminos. Dos veces hizo Martín el camino de Hernani a Tolosa, y viceversa, y lo hizo descalzo, con las alpargatas anudadas al cuello para no arruinarlas. La feria marchaba algo mejor que la del año anterior, quizás porque las cosechas se aventuraban excelentes. Todavía faltaba la confirmación de los primeros calores y, esa pizca de desconfianza que acompaña a los campesinos, rondaba de puesto en puesto. Primitivo conocía esas impresiones que se traducían en multitud de encargos apalabrados para los primeros meses del verano porque, para entonces, la recolección ya sería un hecho.

La segunda de las tardes que volvía Martín de Hernani por el Camino Real con un zurrón repleto de cuchillos, tropezó en un cruce cercano a Tolosa con un grupo de jóvenes feriantes.

—El cura de Hernialde ha apostado diez reales a que le gana a Pataki —dijeron en el grupo.

Pataki era un mozo de Areso, un pueblo perdido en las montañas que se prolongaban más allá del barrio hernaniarra de Ereñozu. Martín conocía, sin duda, a Pataki y sabía de su reconocida fama. El pelotari todavía era joven para los laureles, pero el futuro lo evocaría.

—¡Vamos!

Subieron una cuesta empinada que parecía no concluir. A lo lejos, en medio de las colinas verdes como tomates prematuros, despegaba la torre puntiaguda de la iglesia. Llegaron entre risas, comentarios y aplaudieron a Pataki como a uno de los suyos. Todas las apuestas estaban a favor del joven de Areso. Todas menos una. La de Martín.

—No será tonto el cura. Ya sabe quién es Pataki —se defendió Martín.

El partido comenzó con un estruendo increíble.

—¡Pataki! ¡Pataki! —aullaban los chavales de la feria.

Martín, en silencio, se apoyó en el roble que surgía de la plaza, mientras que su mano, en el bolsillo, jugaba con los reales que había apostado. De perder, su padre se agarraría un enfado monumental.

El cura jugaba con sotana y, tal y como había adivinado Martín, no era manco. Le daba muy bien a la pelota. Los obispos eran muy estrictos con la indumentaria, en especial el de Pamplona. Por eso la sotana. Tenía una expresión feroz y apuraba cada tanto como si en ello le fuera la vida. De menguada estatura, cubría su semblante con una barba cerrada pero arreglada. Sus manos parecían palas, prestas a escarbar la tierra. Sus piernas, cortas y gruesas, semejaban muelles. Hasta su voz, grave y profunda, estaba preparada para la competición. Se remangaba la sotana una y otra vez, sin percibir que su movimiento era inútil.

El partido tuvo una primera parte brillante y enconada. Los tantos fueron cayendo indistintamente de uno y otro lado. Hasta que pasado el ecuador del partido, el cura se adelantó en el marcador. A partir de entonces, Pataki se hundió. Cundió el desánimo entre sus seguidores, mientras el joven echó el partido por la borda. El final liberó a Pataki de prolongar su humillación: 40-23.

Solo Martín celebró la victoria. Las últimas luces del día se ahogaban.

Corrió la sidra en el frontón, el bullicio volvió por donde había circulado y el cura se acercó a Martín.

—Toma —y le dio un puñado de monedas.

Martín hizo un gesto para devolvérselas. El cura le rechazó.

—Eres el único que has creído en mí.

El relato es muy escueto y no he tenido otros registros para imaginármelo de otra manera. No se alejaría mucho de la rea-

lidad. Martín volvió de madrugada a Tolosa, y recibió la reprensión de su padre que lo creía en Hernani, por haber apostado sin su consentimiento.

—Pero gané —respondió Martín.

—De chiripa —respondió Primitivo—. Ya veremos la próxima. Todavía eres un muchacho que necesita de los consejos de los mayores.

Aquella tarde de la primavera de 1867 fue el comienzo de una relación corta pero intensa. No se trata de una historia de amor, sino de complicidad. El desconocido párroco de Hernialde no era otro que Manuel Santacruz Loidi, natural del poblado de Elduayen, en la carretera de Tolosa hacia Navarra. En el año de la apuesta con Pataki había cumplido los 25 años, 10 más que Martín. Un año antes, en 1866, Santacruz, había dado su primera misa, precisamente en Hernialde, después de tres años en el seminario de Vitoria donde había concluido sus estudios con la calificación de *Meritissimus*. Entonces todavía era un joven demasiado inquieto pero bastante más comedido de lo que luego dirían. El Santacruz de 1867 era impulsivo pero, como lo había demostrado en el partido de pelota, no era manco. Tenía la cabeza bien asentada sobre los hombros, como remataba un dicho de la época.

Meses después de la apuesta, Martín y Santacruz se encontraron en Aduna, una pequeña población cercana, al igual que Hernialde, a Tolosa. Tengo la impresión que desde ese verano, ninguno de los encuentros entre el cura y el joven Arbezu fueron casuales.

—¿Seguro que no necesitas compañía? —insistió Santacruz.

—Soy capaz de valerme por mí mismo —repitió Martín.

Esta fue la tercera.

Martín utilizó el camino que cruzaba por la República de Landarbaso, conocido someramente en las dos ocasiones en las que lo había andado junto a su padre. Pasó la noche, negra como si se tratara de un mal presagio, en las cuevas de Aitzpitarte y antes de amanecer partió hasta Larrun. Al otro lado

de la montaña le esperaba un anciano con la camisa sin abotonar que enseñaba un pecho encanecido. Dejó un mensaje cerrado y lacrado y tomó otro con el mismo aspecto.

Volvió sobre sus pasos, sin sentir curiosidad alguna por las letras secretas que portaba en su bolsillo. Llegó a Hernialde, entregó el sobre a Santacruz y, sin tiempo para reposar, caminó hasta Ordizia, donde su padre levantaba el puesto de la feria.

—¿Qué tal tu madre?

Para entonces la salud de Mercedes Zubiaga había comenzado a quebrarse.

—Bien —mintió Martín que ni siquiera se había detenido en Hernani.

Martín hizo de cartero de Santacruz en las negociaciones que llevaban a cabo un grupo de carlistas con unos comerciantes franceses afincados en Burdeos. Los carlistas guipuzcoanos, entre los que se encontraba el cura, llevaban varios años conspirando sin el consentimiento del pretendiente Carlos. A decir de los expertos en aquellos años previos a la Segunda Guerra, el empuje de los jóvenes no fue una confabulación diseñada por una estrategia más o menos definida, sino el resultado de una simple disfunción generacional. Lo que en lenguaje más sencillo significa que los jóvenes estaban molestos con la inactividad de los viejos dirigentes que habían peleado en la contienda anterior, 40 años antes. Martín lo oía a menudo en las ferias.

—La Ley de Modificación de Fueros ha echado al traste nuestras libertades —decían en tierras navarras.

—Pronto tendremos que ir al servicio militar, obligados, y nos enviarán a Cuba o a Filipinas —escuchaba en las cantinas.

—Hay que rebelarse —comentaban en voz baja los más jóvenes.

La iniciativa de estos carlistas lejanos de las confabulaciones de palacio y de la actualidad política marcada por las cortes madrileñas era muy parcial, centrada en su mundo más cercano. No tenían ni idea de lo que se cocinaba más allá de

sus círculos y tampoco sabían para qué servirían sus manio-
bras. Únicamente estaban convencidos de que algo habría que
hacer. Algo y pronto.

Dentro de esa corriente se enmarcaban las negociaciones
de Santacruz. El cura tenía madera de dirigente, no solo por
la autoridad que le confería la sotana, sino por su personali-
dad arrolladora y su verbo fácil. Concitaba, con su presencia,
todo lo que sus vecinos pedían: autoridad, religiosidad, fuer-
za, audacia... y, sobre todo, respeto a la tradición. El cura era la
tradición hecha persona, la vacuna contra esa ola de liberalis-
mo que entraba por Francia, se detenía en San Sebastián y,
poco a poco, se infiltraba en la columna vertebral del alma vas-
ca, como el veneno de una víbora.

El cura llevaba su denuncia al púlpito, arremetía sin pie-
dad contra las mujeres de mala vida, contra la relajación de las
costumbres, contra esos comerciantes del *erdara*, la lengua de
los liberales, el castellano. Porque, aunque hasta ahora no lo
había citado por obvio, los Arbezu, como los vecinos de Her-
nani, como el cura Santacruz, como la mayoría de aquel entor-
no de confabulaciones revolucionarias, hablaban en vascuen-
ce, en euskara.

Y esa tercera ocasión que Martín atravesó la República de
Landarbaso, un territorio olvidado por los escribientes y los
notarios guipuzcoanos, fue el punto de partida de su excep-
cional trayectoria vital. Los caminos olvidados de Landarbaso,
como los cuentos, guardaban llaves que abrían puertas invis-
bles, gnomos encantados que recordaban los nombres de los
gigantes de Onddi y serpientes que doraban su piel al calor de
los meses veraniegos para luego permutar de epidermis como
quien cambia de camisa.

Tres meses más tarde, Martín, Santacruz y una partida de
diez jóvenes de Tolosa se adentraban en el muelle donostiarra
a altas horas de la madrugada. Habían estado cenando en una
taberna del barrio de San Martín, esperando a que desapare-
cieran los serenos. Ya no había murallas, ni puertas con cerro-

jos para acceder al interior. Desde 1864 la ciudad no estaba fortificada porque visto lo visto, las murallas no servían para mucho después del invento de las bombas incendiarias. Cuando llegaron al muelle, la luz de una vela les guió por los diques hasta que estuvieron junto a un barco pesquero. Santacruz y otro de los suyos desaparecieron en el camarote de la embarcación unos instantes.

—Abajo —dijo el cura poco después, haciendo un gesto al resto de la partida.

Media hora después, los jóvenes enfilaban la cuesta de Aldapeta hacia Hernani, por los montes de Miramón. En sus espaldas cargaban un buen puñado de fusiles franceses, usados probablemente en la Guerra de Crimea. La oscuridad de la noche les acompañaba y ocultaba su camino. No hubo contratiempos. Antes del amanecer los fusiles estaban ocultos en el falso tejado de un caserío de Urnieta, en las faldas de Adarra.

Pasaron las semanas. Martín no hacía preguntas aunque por su imaginación acontecían todo tipo de conjeturas. ¿Estarían en vísperas de una sublevación?

Aún no.

La vida le cambiaría en el otoño de ese año. Los árboles se rebelaban contra la tiranía del invierno en ciernes y apuraban los vestidos sobre sus ramas. Hacía varias semanas que no llovía y la tierra despedía sequedad. Algunas fuentes apenas expulsaban un fino hilo de agua, otras llevaban secas unos cuantos días. En los lavaderos, las mujeres no ocultaban su preocupación. Fue en esa época cuando Santacruz hizo llamar a Martín.

El joven Arbezu subió la cuesta de Hernialde apresurado.

—Tengo una misión para ti —le dijo el cura.

—Te oigo —respondió Martín.

—Es una misión peligrosa en la que irás acompañando a otra persona. No la conoces —el cura se tomó un reposo y prosiguió—. En realidad tú guardarás al otro. Serás su sombra.

Martín atendía, impaciente.

—Vas a tener que desaparecer de tu casa durante unos cuantos meses. Y el viaje será largo. Muy largo.

—¿A dónde? —preguntó Martín.

El cura tomó aire. Metió la mano en el bolsillo de su sotana y jugó con la llave de la parroquia que llevaba encima. Era una llave enorme, vieja y roñosa. Alzó su semblante y fijando sus ojos en los del muchacho dijo:

—A Nueva España.

Martín le miró incrédulo. Entonces, el cura matizó:

—A México, al otro lado del océano.

LA RESPUESTA DEL CURA NO PRODUJO SENSACIÓN ESPECIAL en Martín. Cualquier destino le hubiera satisfecho: México, Madrid o Pamplona. Quería servir a la causa de Santacruz, a la causa de sus paisanos. Martín recorrió el camino de vuelta a casa silbando, dando patadas a las piedras que se cruzaban en su camino. Todavía era un niño.

¿Cómo justificó el viaje Martín en su casa de Hernani?

Cuando supe lo que hizo quedé desconcertado. ¿Era capaz un hijo de dejar en semejante zozobra a sus padres? Martín abandonó su hogar sin advertir la partida. ¿Cuáles fueron los primeros sentimientos de sus padres? La víspera de su marcha, Primitivo y Martín instalaron su puesto en Usurbil, población cercana a Hernani. Dejaban la mercancía en el granero de un viejo conocido de la familia y regresaban por la noche a casa. Por la mañana retornaron. Así que Martín, que en Hernani compartía cama con Hilario, tuvo que preparar su aventura desde los muros de su propia vivienda.

—¿A dónde vas? —le preguntó el pequeño Hilario cuando oyó, en medio de la oscuridad, que se echaba un petate a la espalda y, descalzo, deslizaba sigilosamente la puerta.

—Shhhhh —fue la única respuesta de Martín.

Por la mañana Primitivo partió solo a Usurbil, esperando encontrarse con su hijo. No lo hizo y lo olvidó hasta que esa misma noche, de regreso a Hernani, su esposa le preguntó por él. Entonces, la familia Arbezu supo de la desaparición de Martín que ya llevaba unas cuantas horas en alta mar. Hilario no había abierto la boca y cuando le hicieron notar la ausencia de su hermano ni siquiera pudo recordar algo. Luego indagaron en la vecindad, entre los feriantes de Usurbil, en el Ayuntamiento, incluso Primitivo viajó a San Sebastián para describir a Martín en el cuartel de los miqueletes, los policías forales que vigilaban los caminos de Guipúzcoa. En vano. Nadie fue capaz de darles una respuesta convincente.

Mercedes entró en un estado de nerviosismo similar al que precedió al fallecimiento de sus otros dos hijos. Estaba convencida que, en algún momento, un mensajero llegaría hasta su casa para anunciarle la muerte de Martín. Primitivo intentó consolarla. Ella lo rehuyó.

La ausencia del joven circuló por el valle y por las poblaciones cercanas, llegando a oídos del cura Santacruz que envió a uno de los suyos a Hernani. Un andarín vestido de negro ganó la vivienda de los Arbezu y Mercedes pensó que la temida noticia había alcanzado su puerta. Perdió el sentido y, cuando despertó, se encontró con un sacerdote recién salido del seminario, el de Aduna probablemente, que le intentaba consolar.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —repetía la señora Zubiaga—. ¿Qué han hecho de él?

—Tranquila mujer —le dijo el cura—. Su hijo está vivo y coleando —su voz sonaba convincente—. Está de viaje.

—¿Qué viaje?

—Un viaje para la causa de Don Carlos.

La señora imaginó que Martín acompañaba en su séquito al mismísimo pretendiente. Entre tanta angustia, la imagen de su hijo en una compañía real la reconfortó y quedó tranquila. De súbito, sus penas se esfumaron.

—Guarde el secreto —añadió el sacerdote antes de abandonar la casa.

Tras cruzar los caseríos de Alza, Martín anduvo cerca de tres horas, en medio de una tenue oscuridad, antes de llegar a Pasajes. La noche era clara y algunas lechuzas describieron su camino. Esperó hasta que amaneció, acurrucado en el muelle, junto a un enorme vapor que llevaba escrito el nombre *Mamelena*. La información de Santacruz había sido tan escueta que únicamente sabía el lugar y el día de la partida, amén del nombre del barco que le iba a llevar al otro lado del Atlántico.

Amanecía cuando alguien le tocó suavemente en el hombro. Martín, adormilado, pegó un brinco.

—¿Arbezu? —preguntó el desconocido.

—Sí —contestó el joven.

—Soy Román.

Román era Errandonea, uno de los contrabandistas más activos de Bera, la capital del Bidasoa. Errandonea debía haber alcanzado por entonces los 30 años. Era alto y espigado, con los ojos azules y el pelo castaño. Sus manos finas, como las de un pianista, culminaban unos brazos que parecían afeitados. Tenía un semblante risueño y se mostraba siempre de buen humor. Había nacido en el caserío Gorria, del barrio de Alzate, aunque llevaba ya varios años fuera de su hogar, corriendo de aquí para allá, siguiendo la estela de los negocios. Viajaba con identidad falsa, la de Juan Pilarte, carpintero de la calle Perujancho de San Sebastián.

La historia de los Errandonea merecería un capítulo. Algún autor osado se atrevería, incluso, con un libro al completo. Hace ya mucho tiempo que escuché a Caro Baroja la posibilidad de ello, pero no tuvo oportunidad de concluir su investigación. Creo que el caserío todavía se mantiene altivo y, aunque los dueños tienen otro apellido, estoy convencido que los escon-

ditos y agujeros que su terreno alberga permanecen intactos. Por ellos han pasado instrumentos de música, licores y armas, sobre todo armas. No creo que haya habido conflicto entre los vascos ajeno a los negocios de los Errandonea. Un antepasado suyo aparece incluso citado por Moret en su historia del Reino de Navarra, y en algunos de los papeles de su herencia descubiertos por Pedro Esarte se encuentran sus rastros. Las rutas del contrabando no parecían tener secretos y aunque sus familias han sido de lo más numerosas (Román tenía nada menos que siete hermanos y cinco hermanas), jamás he tenido noticias de que ninguno hubiera abrazado hábito alguno. Tampoco que hubieran partido hacia las Américas, hecho este más sorprendente que el anterior, ya que la franja de la muga ha dado miles y miles de indianos, en todas las épocas ininterrumpidamente desde el siglo xvi.

Permítame el lector una pequeña digresión sobre el personaje, o quizás hubiera de decir los personajes. El abuelo de Román, a quien convertiré en protagonista secundario de esta historia durante varios capítulos, arrastró ardiente fama como contrabandista y era tal su dominio del medio que se dice guardó disecadas dos orejas de un carabinero que en cierta ocasión se atrevió a detenerle en la Venta de Beltrán, cerca de Labeaga. Historias tan lejanas, del siglo xviii, que probablemente no sean ciertas pero, como toda leyenda, quizás guarden algo de verdad. Me quedé de una sola pieza cuando, escribiendo estas líneas, escuché en un programa de televisión a un viejo emigrante beratarra que en tierras americanas contaba, entre sus recuerdos, la historia de las orejas del carabinero.

Los Errandonea no solo contrabandeaban con armas. No hubieran podido subsistir porque, a pesar de que los vascos somos un pueblo levantisco, nuestra historia conoce periodos de paz, si no excesivamente prolongados, sí lo suficientemente importantes como para que la familia contrabandista lo notara en la economía. Eran, con las armas, un grupo –porque también había integrados en el clan algunos primos y tíos– dedicado

al trasiego de caballos. Generalmente de norte a sur, pero también en sentido contrario. El hecho de negociar con caballos les llevó a ser excelentes jinetes y por eso no era de extrañar que en las fiestas sanfermineras de Pamplona contasen a menudo con algún miembro de la familia en las exhibiciones ecuestres.

—A partir de ahora serás mi hermano Martín —le dijo Román—. Hemos hecho un pequeño cambio de apellido. Serás Martín Pilarte —y le entregó un puñado de papeles que Martín guardó en el zurrón sin mirarlos siquiera.

Poco más tarde, Martín y Errandonea entraron en una casa de contratación, en el mismo puerto. El muelle se había animado con los viajeros y familiares que acudían a despedirlos. Las escenas que se sucedían incitaban a aflojar el ánimo. Las mujeres lloraban desconsoladas y rogaban al hijo que partía que escribiera, aunque no supiera ni leer ni emborronar una cuartilla. Los hombres, más severos en sus semblantes, daban los últimos consejos a sus vástagos.

Errandonea se dio la mano con un hombre de poco pelo, mucha barriga y la camisa repleta de manchas.

—El agente —indicó el contrabandista a Martín—. Sin agente no hay viaje. Él nos ha preparado los pasajes.

Con el agente se dirigieron a la aduana, donde les sellaron los pasaportes y papeles que portaban. El edificio apenas denotaba su utilidad: un cuarto con una única mesa, de color verde, custodiada por los aduaneros. Sobre la puerta un cartel decía: «Pasajes. España». La jota de Pasajes se adivinaba, porque no existía. No hubo preguntas y ni siquiera comprobaron qué equipaje llevaban.

—Buen viaje —les dijo el calvo. Y desapareció.

Subieron por la escalerilla y se dirigieron a una sala con literas. La mayoría ya estaban ocupadas. Aunque los rayos del

sol golpeaban los muelles desde unas horas antes, el cuarto se interpretaba en la penumbra y el humo de los cigarros dificultaba aún más la visión. El olor era fuerte e intenso. Algunos de los pasajeros se habían acondicionado el día anterior, después de largas caminatas desde sus hogares en Aragón, Castilla o Navarra.

En el exterior, una bocina anunciaba la inminente partida. Errandonea y Martín se acomodaron en una esquina y el chaval echó sus pertenencias en la cama superior. Errandonea abrió su bolsa, esparció unas ropas por la cama, apartó la manta y, con desparpajo, sacó un pistolón que escondió bajo el colchón. Martín miró alrededor. Nadie lo había percibido.

Sonó de nuevo la bocina, más prolongada que en la ocasión anterior. Los viajeros abandonaron la habitación y se apelotonaron en cubierta. Sacaron sus pañuelos y dejaron que el viento los meciera mientras el *Mamelena* se dirigía, suavemente, hacia la embocadura de la bahía, arrastrado por un pequeño barco-guía. En tierra, una banda de música interpretaba los sones del *Gernikako Arbola*, la canción compuesta por el bardo Iparragirre solo unos años antes. Errandonea la tarareaba mientras liaba un cigarro. Terminó y se lo ofreció a Martín.

—¿Quieres?

Martín dudó un momento y contestó afirmativamente. Tosió con la primera aspiración, también con la segunda, y consiguió terminar el cigarro sin volver a carraspear. Ya no volvió, sin embargo, a fumar en el resto del viaje.

La travesía fue un tanto movida hasta que el *Mamelena* arribó al puerto francés de Le Havre, superando el Cantábrico y las olas que ofrecían a los viajeros un respeto atávico por la mar. Martín se enclaustró en la habitación durante dos días, con el estómago revuelto y sin apenas probar bocado. No podía ponerse en pie y si lo hacía, el vómito le acudía de inmediato. Errandonea respetó su indisposición y pasó la mayor parte del tiempo en cubierta, fumando sus cigarrillos y conversando con los pasajeros que no sufrían de mareos.

En ese breve espacio de tiempo, el contrabandista pareció intimar con una joven dama que viajaba con su marido, un comerciante cántabro entrado en años que recostaba sus más de 250 libras de peso en una mecedora que había hecho cargar en Pasajes. La señora tenía la cara pálida, al contrario que su esposo que parecía hacer publicidad de la tonalidad colorada. El hombre resoplaba y pasaba, junto a un joven y enclenque contador que le acompañaba, las páginas de un libro de cuentas sobre el que conversaba horas y horas sin el más mínimo atisbo de aburrimiento.

La empaldecida muchacha resultó ser vascongada, de Abando, en las cercanías de Bilbao. Hablaban y hablaban en cubierta, hasta que el esposo de la dama gritó a Errandonea:

—¡No se le ocurra acercarse a mi esposa!

La señora se apartó de inmediato

Errandonea diría más tarde a Martín, como intentando justificar su retirada, que cuando había negocios importantes de por medio, lo mejor era evitar los líos.

Por la mañana y desde la atalaya del *Mamelena*, Martín divisó un imponente puerto, a un lado de la desembocadura del Sena, que postraba al de Pasajes a un uso familiar. Fundado trescientos años atrás por Francisco I, el puerto de Le Havre era una escala casi obligada de muchos de los barcos que partían de Pasajes o incluso de puertos más al norte. El objeto de semejante parada no estaba en la incorporación de pasajeros a la travesía americana, sino en las mercancías que sirvieran al naviero para hacer rentable el viaje. Los costes de los pasajeros a América permanecían invariables en los últimos veinte años, y aún bajarían de precio en los siguientes. Ante esta depreciación, el trueque de mercancías mantenía en su apogeo el tráfico marítimo.

Prohibieron durante día y medio el desembarco, hasta que el barco hubiera cargado las mercaderías. Sin embargo, Errandonea se las arregló para obtener un permiso. Atardecía y Martín se había repuesto de sus indisposiciones. A lo lejos, el soni-

do continuo de una sirena competía con los últimos rayos del sol que se filtraban por las colinas normandas.

—¿Vienes? —le dijo a Martín.

—Voy —respondió el muchacho.

Cenaron en una tasca de mala muerte, con dos candiles que de continuo se apagaban por causa del viento que entraba por las ventanas abiertas de par en par. Bebieron una extraña bebida que Errandonea identificó como cerveza y, cuando Martín supuso que retornarían al *Mamelena*, el contrabandista llamó al tabernero. Hablaron en una extraña lengua que no tenía visos de ser francés, bretón probablemente según observación de la archivera municipal de Le Havre, creo que de nombre Marguerite Desbat, y tras una indicación de Errandonea subieron a una de las habitaciones de la taberna. Desconozco qué lenguas chapurreaba el contrabandista.

Las escaleras crujieron bajo el peso de las botas. Martín entró en uno de los cuartos y Román Errandonea en el otro. Nuestro muchacho de Hernani creyó que esa iba a ser una noche tranquila y que por fin descansaría en una cama mullida después del mal trago del Cantábrico. No tenía aún la mente maleada por la vida.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Martín escuchó unos jadeos similares a los de la noche anterior, los de la dama de semblante blanquecino. Por un instante pensó que Errandonea se las había arreglado para que ella también pudiera descender del *Mamelena*. Pronto pudo comprender el error. Sin reponerse de la sorpresa, se abrió la puerta de su habitación para dejar paso a una mulata de dimensiones espectaculares. Martín se asustó y se alzó de la cama en la que, vestido, acababa de echarse. En la habitación de al lado continuaban los jadeos e, incluso, creyó distinguir la voz profunda de Errandonea. La mujer pareció no darle importancia. Se despojó lentamente de la ropa que la cubría mientras preguntó a nuestro joven:

—*C'est la première fois?*

Martín no entendió la pregunta de la mulata. Imaginó que esa noche no había acabado aún cuando ella se metió en la cama y echó mano a su sexo, más tieso que un junco del Uru-mea. Sintió vergüenza, pero solo fue pasajera. Los ojos de ella eran enormes como sus pechos. En ese momento se le marchitó la vergüenza. Dejó que la mulata guiara sus instintos y se encontró, de improviso, gimiendo como la dama de Abando la víspera.

Sudoroso, escuchó a Errandonea gritarle desde la otra habitación. Pero no oía y no podía contestar por miedo a equivocarse. Esperó a que el contrabandista volviese a gritar y lo encontró, improvisadamente, en la puerta de su habitación. Estaba completamente desnudo y de una de sus manos colgaba un cigarro apagado.

—¿A gusto?

—Mucho —respondió Martín que se incorporó también desnudo del colchón de lana en el que la mulata aún reposaba.

—Ahora nos cambiamos la pareja —ordenó Errandonea.

Como si la mulata entendiera el vascuence, se levantó de la cama y se alejó con Román. Instantes después entraba en la habitación una muchacha aceitunada, esbelta y de facciones muy marcadas. Al contrario que los de la mulata, sus ojos eran pequeños pero, al estar pintados con un tinte negro, resaltaban en su semblante como si fueran luciérnagas. Retiró la tela que la cubría, exhibiendo su cuerpo repleto de curvas. A Martín le pareció la cumbre de la belleza. La joven le susurró algo al oído que Martín no entendió y acto seguido apagó la luz del farol. A oscuras, Martín dejó, nuevamente, que sus instintos afloraran como si se hubiera decretado la primavera.

Fue el paraíso.

Al amanecer, una duda le asaltó. ¿Habría aprobado semejante conducta el cura de Hernialde, su mentor? Antes de que encontrara la respuesta, el sueño le atrapó de nuevo hasta que Errandonea le echó a patadas, literalmente, del cuarto. Nunca recordaba Martín haber dormido tan profundamente.

Las dos semanas que demoró el *Mamelena* en cruzar el Atlántico hasta arribar al puerto de La Habana fueron tan tranquilas que Martín se aburrió sobremanera. La mar estaba en calma y únicamente la presencia de algunos grupos de delfines sirvieron para romperla. Solo un par de conversaciones con Errandonea le sacaron de su hastío.

Errandonea, como Martín, no era personaje de muchas palabras. Aún así, el muchacho Arbezu tuvo la oportunidad de conocer las razones del viaje. El destino mexicano tenía que ver con la compra de una importante partida de fusiles rayados que Inglaterra estaba suministrando a México en su guerra contra los franceses.

—¿Por qué no comprarlos directamente en Inglaterra? —preguntó Martín.

—Imposible. Ya lo han intentado —contestó Román—. La España de Isabel II mantiene buenas relaciones con Victoria, la reina de Inglaterra. Pero el dinero es dinero y, por encima de las cuestiones diplomáticas, nosotros compraremos en México lo que no nos venden en Londres. Los mismos fusiles. Fueron los mismos fabricantes ingleses los que nos sugirieron México.

—¿Y por qué no comprar a Francia?

—Buena pregunta muchacho. Porque Francia no se fía de Prusia, porque Francia está en guerra contra los mexicanos. Porque Francia tiene muchos frentes y pocas armas. Las quiere todas para ella —respondió el contrabandista con rotundidad.

Martín supuso que el mundo era excesivamente complicado. ¿Por qué había que hacer un viaje tan largo para conseguir algo tan sencillo como los fusiles? ¿No se hacían armas en Plasencia, en el límite de Guipúzcoa con Vizcaya? Pues se compraban en Plasencia. O, de lo contrario, se robaban.

El *Mamelena* llegó a La Habana al anochecer de una jornada excepcional. Desde mucho antes, Martín, con algunos otros pasajeros, no había abandonado la cubierta del barco maravillado por la transparencia de unas aguas que no se parecían en nada a las que había dejado atrás, en las costas de su patria. La mar era cristalina y exponía sus fondos y unas rocas de colores que un pasajero llamó coral, en medio de una gran cantidad de peces, algunos de los cuales, sorprendentemente volaban aunque fuera por unos segundos. Surcaban las aguas claras unos grandes pájaros blancos como las gaviotas con un pico alargado del que colgaba una bolsa. Unos pájaros que a Martín le parecieron extraordinarios, más aún cuando tuvo oportunidad de divisarlos en plena faena, lanzándose contra el océano con el pico abierto para cerrarlo luego con la presa y filtrando el agua por las comisuras. Nuestro Arbezu fue absorbido por el que, creyó, iba a ser el descubrimiento más caprichoso de su viaje. Estaba, sin embargo, muy equivocado. Aquello no había hecho sino comenzar.

La entrada al puerto de La Habana, una gran mole de piedra que conformaba el mayor castillo colonial de América, fue lenta. El *Mamelena* avanzaba como un anciano. Finalmente, el barco atracó. Martín, que no había abandonado la cubierta, repasaba las gentes que se apelotonaban junto a las escalerillas. Ofrecían todo tipo de frutas de las que jamás había tenido noticia, vendían loros y monos en jaulas de madera, animales que como las frutas, resultaron extraños para él.

Lo más asombroso, sin embargo, no eran las mercancías que pregonaban los vendedores, sino ellos mismos. Vestían con colores vivos y fuertes, lejanos a esos tonos oscuros y apagados de su tierra. Las mujeres cubrían sus cabezas con la mercancía, como las lavanderas en Ereñozu que bajaban al Urumea a lavar la ropa. Y los hombres, semidesnudos, eran todos del color del carbón: negros. No morenos o cobrizos, o incluso del color de la mulata de Le Havre, sino negros, como la oscuridad de la noche más cerrada. Y dentro de esa negritud,

los ojos parecían rojos, como la lengua y los labios gruesos de sus semblantes.

Y Martín sintió cierto recelo. Solo la compañía de Errandonea le ofreció seguridad.

—¿Vienes? —le preguntó el contrabandista.

—Voy —respondió Martín—.

Juntos se perdieron en el barrio colonial de La Habana, después de presentar unos papeles que Errandonea sacó de su bolsillo. Comieron en una taberna del puerto unos bichos enormes, que para Martín eran nuevos, con tenazas que salían de sus orejas. Eran bogavantes. Y bebieron. Bebieron un licor destilado de la caña de azúcar que los taberneros mezclaban con agua y unas hojas de hierbabuena.

En medio de la ciudad encontraron una máquina de la que surgía un sonido infernal, que parecía iba a estallar a cada momento. Su parte superior despedía un humo blanquecino que se perdía entre los pisos más altos de la calle. Era una máquina de hacer hielo, recién importada por un industrial catalán desde los Estados Unidos. Ni siquiera conocía su existencia el mundano Errandonea y qué decir de Martín, que el único hielo que había visto en su vida era el de Adarra en los días más crudos del invierno. ¿Hielo con este calor?, pensaron al unísono, como si las poco más de dos semanas de viaje hubieran unido su intelecto. Hielo, efectivamente. Al calor se le combate con el frío como al frío con el calor; rápida deducción de Martín.

Los compradores transportaban rápidamente el hielo que brotaba de la máquina en cubos imperfectos. Un comerciante cercano ofrecía el brebaje de la caña de azúcar y las hojas de hierbabuena con hielo. Arbezu y el contrabandista lo probaron y llegaron a la conclusión de que aquella mezcla estaba hecha para el goce. Un pensamiento llegó con el otro y ambos concluyeron la jornada enredándose, como en Le Havre, con dos mujeres. Esa vez Martín tuvo la satisfacción de comprobar que la negra que compartió con él su lecho, no tenía más

edad que la suya. Y esa circunstancia, lejos de casa y entre tanto extraño, no dejó de apaciguar el ánimo.

A media noche, cuando todavía el sonido de la música y las voces seguían pegados a la tierra de las calles de La Habana, ambas muchachas abandonaron las habitaciones. Un Martín sudoroso, pero con pudor como para cubrir sus partes con un calzón de franela que multiplicaba sus calores, observó cómo Errandonea daba un puñado de monedas a las jóvenes. El contrabandista se sintió observado y captó de inmediato la juventud de Martín.

—Todo se compra —le dijo.

—¿También el amor? —preguntó Martín.

—También el amor, querido Pilarte —respondió, a la vez que con la alusión a su falso apellido le recordaba la misión.

Días después, manteniendo esa calma marina que había cautivado al pasaje más propenso a los mareos, el barco llegaba al puerto mexicano de Veracruz. Después de La Habana las aguas se hicieron más profundas y la oscuridad se adueñó de sus fondos. Entre tanto, el color verde salpicó intermitentemente el avance del vapor, tal y como lo hicieron los delfines que, repitiendo las cabriolas del Cantábrico, quisieron acompañar al *Mamelena* en su última travesía, antes de atracar en una tierra tan extraña para Martín como la misión que le esperaba.